

SERIE

cuadernos de PSICOLOGÍA y PSICOPEDAGOGÍA

DUELO. UNO DE LOS TRABAJOS FUNDAMENTALES DEL APARATO
PSÍQUICO

María Cristina Griffa

23





Esta obra está bajo una licencia internacional Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0.

Cómo citar el documento:

Griffa, M.C. (2026). Duelo. Uno de los trabajos fundamentales del aparato psíquico. *Serie Cuadernos de Psicología y Psicopedagogía*; 23. Pontificia Universidad Católica Argentina, Facultad Teresa de Ávila. <https://doi.org/10.46553/2718-7454.23>

Griffa, M.C. (2026). Duelo. Uno de los trabajos fundamentales del aparato psíquico. SERIE Cuadernos de PSICOLOGÍA Y PSICOPEDAGOGÍA N°23.

Edición por Departamento Humanidades, Facultad Teresa de Ávila, UCA Paraná. Buenos Aires 239

Editor General Dr. Lucas Marcelo Rodriguez

ISSN 2718-7454

Disponible en: <https://doi.org/10.46553/2718-7454.23>

Los capítulos publicados son responsabilidad de los autores y no comprometen la opinión de la Universidad Católica Argentina.

Todas las publicaciones de la serie Cuadernos de Psicología y Psicopedagogía se encuentran disponibles en el repositorio institucional de la Pontificia Universidad Católica Argentina, accesible en el siguiente enlace:
<https://repositorio.uca.edu.ar/handle/123456789/10835>

Índice

Autora	4
Introducción	6
Duelo	7
Melancolía	15
Colofón	16
Referencias bibliográficas	16

Autora

María Cristina Griffa



Licenciada en Filosofía. Pontificia Universidad Católica Argentina (UCA).

Licenciada en Psicología. Pontificia Universidad Católica Argentina (UCA) (UCA).

Profesora de Filosofía y Pedagogía. Instituto de Profesorado del Consejo Superior de Educación Católica (CONSUDEC).

Especialista en Medicina Psicosomática, Centro Weizsaecker de consulta médica, Fundación Luis Chiozza.

Miembro titular en función didáctica de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA) y Federación Psicoanalítica Latinoamericana (FEPAL).

Miembro del Consejo Superior de la Universidad Católica Argentina “Santa María de los Buenos Aires” (UCA).

Secretaria Académica del Departamento de Psicología. Facultad de Filosofía y Letras (UCA).

Directora del Departamento de Psicología. Facultad Psicología y Educación (UCA).

Profesora Titular Honoraria (UCA) y docente universitaria de grado y posgrado en varias universidades y docente en profesorados terciarios.

Directora del Departamento de Psicopedagogía y de Filosofía y Pedagogía del Instituto de Profesorado del Consejo Superior de Educación Católica (CONSUDEC).

Autora de artículos publicados en Revistas científicas nacionales e internacionales y de ponencias en diversas Jornadas y Congresos.

Co-autora de los libros:

María Cristina Griffa y José Eduardo Moreno (2001). *Claves para una Psicología del Desarrollo*. Tomo I y II. Buenos Aires: Lugar Editorial.

Luz Abatángelo Stürzenbaum, María Cristina Griffa, Ana María Terán de Corniglio, Laura Ruth Yaser. (2018). *La Estructuración del Aparato Psíquico* Buenos Aires: Letra Viva.

Correo electrónico: mcgriffa1@gmail.com

Introducción

En este trabajo he procurado mostrar cómo, a medida que se va constituyendo el aparato psíquico ¹ en íntima relación con el objeto exterior -cual un tejido o red de representaciones e identificaciones-, el duelo es uno de los trabajos² fundamentales que, de modo universal, lo constituyen. A la vez, tomando características singulares en cada caso, participa de la identidad del ser humano.

El término *duelo* el bajo latín lo relaciona con *duellum* que alude a “*combate entre dos*”. Asimismo, proviene de *doler*, significa dolencia, *dolido*, *dolor*, *sufrir*; *aflicción* que se experimenta por la muerte de alguien. Figurativamente, alude a *tristeza*. Asimismo, a muerte y pérdida de un ser querido, o bien algo representativo (Corominas, J.1990, DRAE 1992, Valls, J. L. 2008).

Son numerosas las experiencias de pérdida que vivenciamos en la vida: el momento del nacimiento que implica cambio de ambiente (útero a mundo externo), la pérdida de las heces que el niño llora o despide con dolor cuando se van por el sumidero, dejar de ser hijo único por la llegada de un hermanito, mudanzas, cambios de colegios, de barrio o de país, de parejas sexuales o amorosas, hasta la pérdida del ser amado que es el modelo paradigmático que nos propone Freud (1917 [1915]).

¹ Freud utiliza el término “aparato psíquico” en “Interpretación de los sueños” (1900 [1899]) para explicar la capacidad del psiquismo de transmitir y transformar la energía psíquica (Trabajo psíquico) y, a su vez, diferenciar los sistemas (Icc, Precc, Ccc). La función del Aparato consiste en mantener la energía lo más baja posible (Principio de Constancia). Las vivencias de dolor y de satisfacción explicadas en el Proyecto (1950 [1887-1902]) dan cuenta del acrecentamiento y disminución de la excitación en el Aparato, produciendo la cualidad del dolor (aumenta nivel de excitación) o satisfacción (baja el nivel de estimulación).

El llamado “giro del ‘20” describe la segunda teoría de las pulsiones en “Más allá del Principio de placer” (1920) y en “El yo y el Ello” (1923). Allí propone el modelo estructural en el cual el Aparato psíquico posee un ello indiscernido e inconsciente cual herencia filogenética. En el Ello se encuentran las pulsiones cuya fuente son el cuerpo. Así, se abre el psiquismo al cuerpo.

² Trabajo de duelo” es un concepto asociado al de “elaboración psíquica”. Es decir, la necesidad del aparato de ligar las vivencias traumáticas. Freud desarrolla el tema ya desde sus primeros escritos pre psicoanalíticos en “Estudios sobre la Histeria” (1950 [1887-1902]) donde lo relaciona y diferencia de la noción de “Melancolía”, en el Manuscrito G. Posteriormente, en 1915 escribe “Duelo y Melancolía” dentro de los escritos que desarrollan el modelo de la primera tópica. Finalmente, lo retoma en “Inhibición, síntoma y angustia” (1926 [1925]) y “El porvenir de una ilusión” (1927) ya cuando propuso la segunda tópica (1923).

Duelo

El duelo es transformación, es esfuerzo a través de una acción, de un trabajo ³ ⁴. Freud utiliza este término destacando que absorbe toda la libido del yo en su realización. ¿De qué se trata el duelo y en qué consiste el trabajo que requiere?:

(...)” El examen de realidad ha mostrado que el objeto amado ya no existe más, y de él emana ahora la exhortación de quitar toda libido de sus enlaces, con ese objeto. A ello se opone una comprensible renuencia (...). [ésta] puede alcanzar tal intensidad que produzca un extrañamiento de la realidad y una retención del objeto por vía de una psicosis alucinatoria de deseo. [...] Pero la orden que esta imparte no puede cumplirse enseguida [...] lo notable es que nos parece natural este displacer doliente. Pero de hecho, una vez cumplido el trabajo del duelo el yo se vuelve otra vez libre y desinhibido (Freud S. 1917 [1915] (1985), pág. 242-243)”.

La clínica muestra que el examen de realidad, en ocasiones conduce al sujeto a la *negación* después de la pérdida, a sentimientos de incredulidad acompañado de expresiones como: “escucho sus pasos”, “abre la puerta”, “siento que está... no lo extraño”, “no pasó nada”, “nada cambia”. “[...] en lo

³ El término “trabajo”, etimológicamente proviene del latín *tripaleare* que significa “torturar”, “sufrimiento”, provocar angustia, dolor físico, aflicción del ánimo. Ya que, en el siglo VI usaban el *tripalium* como un instrumento de tormento formado por tres maderos en el que era atado el reo (Corominas,1961)

El vocablo “trabajo” (DRAE, 1996; Moliner, 1986) semánticamente es una gestalt que engloba tanto al aspecto subjetivo como al objetivo:

+ se refiere subjetivamente al acto del sujeto, a la acción de trabajar como faena, labor (tarea fatigosa), tarea (del árabe *tarha*: cantidad de trabajo que se le impone a una persona), ocupación retribuida.

+se refiere al efecto producido, a la obra o cosa hecha trabajando, producida por un agente; la obra puede ser material o espiritual (por ejemplo, puede ser una obra del entendimiento) El vocablo “trabajar” semánticamente designa a la realización de una acción física o intelectual (Relacionado con: actuar, colaborar, consagrarse, contribuir, cooperar, dedicarse, ejercer, elaborar, empujar, fabricar, gestionar, hacer, labrar, manipular, ocuparse, ponerse a, sembrar, servir, trajar, ganar la vida, ganarse el pan, ganarse el sustento) continua, realizada con esfuerzo (Relacionado con: acalorarse, afanarse, agobiar[se], batallar, cansarse, cargar, esforzarse, sudar sangre)

Es ocuparse en cualquier ejercicio o ministerio con eficacia, actividad, cuidado, desvelo para la ejecución de alguna cosa. Su aspecto voluntario y en casos dificultoso, esforzado, decidido, abre el “trabajo” a la dimensión moral.

⁴ Asimismo, Freud utiliza el término “trabajo de sueño”.

terapéutico sería infructuoso tratar de oponérsele [...] (Freud, S. 1917 e[1915], (1985) pág. 244)".

A menudo, tras la *negación* suele sobrevenir la *ira* que puede acabar en atribuir la responsabilidad de la pérdida a un tercero: falta de cuidado: Aunque "*Lo normal es que prevalezca el acatamiento a la realidad*" (Freud, S. 1917 e [1915], (1985) pág. 242).

Son estas consideraciones las que llevan a Freud a la comparación con la melancolía.

Es importante iniciar el tema distinguiendo que el duelo ⁵ es un acontecimiento *normal* en la vida y es importante que siga su propio curso, pero que la melancolía -en cambio- resulta de una disposición patológica. En uno falta lo que al otro lo caracteriza. Es que en el duelo no está perturbado el sentimiento de sí.

Como he adelantado, desde su título mismo, el desarrollo del artículo de Freud irá en procura de evidenciar las tensiones entre un proceso mental imprescindible para la constitución del aparato psíquico, el duelo, y las complicaciones que pueden llevar a su fracaso, la anormalidad melancólica.

Para ello, Freud se ciñe -con la tersura expositiva que lo caracteriza-, a la descripción metapsicológica de los asuntos contenidos por el concepto duelo. "*El duelo es, por regla general, la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc.*" (Freud, S. 1917 [1915] pág. 242).

Buscando explicarlo lo mejor posible, *describe* el duelo, en principio, desde el punto de vista de la *dinámica* pulsional: se trata de una reacción, o sea un acto psíquico en respuesta a un estímulo. Dicho estímulo puede provenir desde la realidad exterior o del mundo interno y consiste en un cambio.

La observación clínica consigna tres consecuencias inmediatas para el yo: la cancelación del interés por el mundo exterior, el desmedro de la capacidad libidinal y la inhibición de toda productividad. En consecuencia, el mundo del

⁵ La muerte y el duelo son vividos de formas diferentes en cada cultura, Así, por ejemplo, cuando el doliente tiene esperanza en una vida futura como el "cielo" en la religión la experiencia de la pérdida se mitiga, pudiendo incluso, ser un motivo de alegría celebración, tal como ocurre en la orden de las Cartujas.

sujeto se ha empobrecido “*El sujeto muestra un talante dolido*” (Freud, S. 1917 [1915] (1985) pág. 242).

El trabajo de desinvertidura cumple con dos condiciones: intervenir la memoria y disponer de tiempo para hacerlo. El proceso ‘revive’ los actos psíquicos realizados para configurar el imprescindible equilibrio que reclama la vida psíquica para sostener sus dos ‘modos’: la figuración del cumplimiento de deseo y su convivencia con la realización de este. Sus metáforas son: el objeto *interno* y el objeto *externo*.

A medida que avanza el proceso de duelo y se va asumiendo la realidad de la pérdida, se comienza a contactar con lo que implica emocionalmente la ausencia, lo que se manifiesta de diversos modos: pena, nostalgia, tendencia al aislamiento social y pérdida de interés por lo cotidiano.

Se supone la llegada de un estado de calma asociado a la comprensión racional y emocional, de que la muerte y otras pérdidas son fenómenos inherentes a la vida humana. “Cumplido el trabajo del duelo el yo se vuelve otra vez libre y desinhibido” como dice Freud al final del texto citado. El duelo resulta pues, imprescindible consecuente de un desequilibrio *económico* entre la presión pulsional y el rendimiento del yo.

Por su condición de imprevisible, el trastorno que ocasiona la pérdida se le impone al yo con la urgencia patognomónica de la perentoriedad pulsional. Es que es una parte propia del yo la que, a partir del objeto desaparecido, resulta expuesta a un peligro: las significaciones que, arbitradas por el yo, categorizaban al objeto, se han quedado sin sostén, e invariantes en su número (y, por tanto, en su cualidad vivencial) ‘amenazan’ con tomar al yo como objeto.

El yo se ve obligado a postergar muchas de sus funciones para ocuparse de un problema proporcionalmente más grande para él: cuanta más significación tenía (y aún tiene) el objeto desaparecido. La tarea convoca grandes cantidades de investidura que se obtienen de sustraerlas a las funciones normales. Pero esto, que, si bien agrega una dificultad, (reclamándole al yo más esfuerzo y más tiempo), no es suficiente para malograr la normalidad del proceso. La alternativa patológica (melancolía) depende en cambio, de un factor congénito del yo, el cual, en algunos casos, habrá de revelarse cuando la cancelación del equilibrio logrado por medio de las investiduras se desinstala y el yo vivencia ‘la pérdida’.

El trabajo de duelo - describe Freud- “*Se ejecuta pieza por pieza, con un gran gasto de tiempo y energía de investidura y entretanto, la existencia del objeto perdido continúa en lo psíquico*”. (Freud, S. 1917 [1915], (1985) pág. 242-243).

El problema que enfrenta el duelo es reiterar ante el yo que *representación mental* y *objeto percibido* no son lo mismo, hasta *convencerlo*. Por eso necesita tiempo.

Mediante el análisis de una hipótesis económica intento aclarar la relación entre representabilidad y el trastorno que sufre el yo como consecuencia de la pérdida vivida.

Las huellas mnémicas son una alteración persistente y permanente del yo, que lo configuran y dan continente a lo que Freud designara en “Lo inconsciente” (1915 e) como *representaciones-cosa* {Sachvostellungen}, las cuales, según interpretan Laplanche y Pontalis (1983) en su Diccionario de Psicoanálisis, constituirían las investiduras (catexias {Besetzung}) derivadas indirectamente de la cosa del mundo {Ding}. Es decir que, tiene que haber habido cosa, para fundar un espacio psíquico que da cuenta de la existencia real de la *cosa de afuera*, del ‘mundo’, e instaura ese ‘lazo de sangre’ con la realidad objetiva. (Freud, S. 1917 [1915]).

La hipótesis teórica sostiene que, como condición de la experiencia de representabilidad, tuvo que existir un *objeto real externo* que produjera la satisfacción de la demanda pulsional. El trabajo del duelo debe -justamente- deshacer el trayecto realizado antaño por el objeto hacia la representación despojándolo de un contenido adicional que se convirtió en esencial para la vida de relación. El ‘malentendido’ vivencial que quedará al descubierto será un amargo descubrimiento para el yo: la representabilidad no es garantía de la existencia del objeto.

El trastorno que sufre el yo como consecuencia de una pérdida exige una resolución que depende de los siguientes elementos: *investidura/libido*, *objeto (interno/externo)*, *realidad/representación*. Las cualidades y dinámicas de los mismos son metáfora de la capacidad y fortaleza o, debilidad del yo.

“*Él (yo) ha sufrido una pérdida en el objeto; pero de sus declaraciones surge una pérdida en el yo*” [...] “*Se cae así en esta “contradicción”*” (Freud, S. 1917 [1915] (198) pág. 245).

Así se le impone al yo la perentoriedad pulsional. Es que es una parte propia del yo la que, a partir del objeto desaparecido, resulta expuesto a un peligro.

La percepción de la pérdida le hace dar al yo un primer paso. En tanto la realidad se impone ante la expectativa y el veredicto es terminante -el objeto no existe más- el yo se encomienda al recuerdo: desactualiza al objeto, representándoselo en un tiempo que pasó. Este primer movimiento del duelo recuerda a una fijación, con el gasto de investidura que esto implica. Dicha maniobra tiene dos efectos: consciente, en principio evitar la desaparición 'total' del objeto -conservándolo como recuerdo- y, además, (lo que no es poco para el yo) preguntado si quiere compartir el destino del objeto, se deja llevar por la satisfacción narcisista de estar con vida y desata su ligazón con el objeto aniquilado.

Así sucede que, recién después de 'reforzada' la categoría representacional del objeto afincado ahora en el recuerdo, es que el yo emprende otro trabajo: el quite de investiduras.

Cada uno de los recuerdos y cada una de las expectativas en que la libido se anudaba al objeto son clausurados, sobreinvertidos y en ellos se consuma el desasimiento de la libido.

Mientras persiste, el proceso absorbe todas las energías del yo. Esa desatadura se cumple tan paso a paso y tan lentamente que, al terminar el trabajo, también se ha disipado el gasto que requería.

Si la sucesión de actos psíquicos que constituyen el trabajo de duelo se consuma dentro de parámetros normales, se concluye -para el yo-, el logro de diferenciar *vivencia* de *recuerdo*. Es decir, alucinación de juicio de realidad.

He aquí la solución esperada del problema que produjo el desequilibrio *económico* entre la presión pulsional y el rendimiento del yo.

El trabajo de duelo se ejecuta pieza por pieza, describe Freud, haciendo hincapié en el gran gasto de tiempo (como consignamos ut supra) y energía de investidura. Entretanto, la existencia del objeto perdido continúa en el aparato psíquico.

Considero a continuación los 'operarios' responsables del trabajo de duelo: las investiduras, el objeto y la realidad exterior.

La investidura es un concepto clave para la explicación metapsicológica que propone Freud. El concepto de *afecto* no hubiera dado la talla; no estaba a la altura de las exigencias de la hipótesis. Incluye, en cambio y en ciertos momentos, la palabra *libido*, justificable, a nuestro entender, porque en 1917 todavía era considerada representante plenipotenciaria de la intención exclusivamente amorosa del yo. Pero es la idea *investidura*, la que con menor ambigüedad consigue enhebrar la inteligencia psíquica del duelo. Afortunadamente, nosotros disponemos de los esclarecimientos que aportaría Freud en 1923 en cuanto a la naturaleza y alcances de los procesos de investidura. “Al comienzo de todo, en la fase primitiva oral del individuo, es por completo imposible distinguir entre investidura de objeto e identificación” (Freud, S 1923 (1985), pág. 31).

Las investiduras resultan acción y efecto de la necesidad pulsional: la pulsión inviste. El ello (Freud, S., 1923b) es fuente de las pulsiones y de las investiduras que importan los atributos pulsionales que el ello le impone encarnar al objeto, devienen portavoces de este, y ‘traductoras’ del yo ante el mundo exterior. La ‘realidad-ello’ también contribuye a configurar al propio yo. La investidura que hace pie en el objeto satisface la aspiración *agregadora* del ello en una primera fase de lo real perceptual, fundando la diferencia entre lo pulsional y lo representable. Luego, el siguiente movimiento de la investidura que parte del objeto lo abandona y ocupa el yo como representante de las aspiraciones eróticas del ello, pero le transfiere poder al yo. Así se transforma en libido que -aunque desexualizada- pretende seguir sirviendo a los dos amos.

En cuanto al objeto: el duelo denuncia una ecuación anímica en la que la pérdida del objeto equivale a una pérdida del yo. Ya hemos consignado que, en virtud de dicho anoticiamiento, el yo es movido a *renunciar* al objeto -aceptándolo como muerto- y admitiendo, como premio, el permanecer con vida. Es decir que, para cumplir ese pacto y recibir el beneficio a cambio (devenir supérstite) lo que la libido debe dar de baja es la ‘cosa’ del mundo. ¿Correspondería esto a lo que Freud designa como la cosa {Ding} y el objeto {Objekt} obyectado allí afuera, su sucedáneo? (Freud, S., 1915). La {Sachvorstellung} o representación del objeto interno se apoya en innumerables huellas singulares de representaciones inconscientes. Es decir que, en su significación interna para el yo, al objeto deben suponerseles millares de lazos

y significaciones propias del yo, aunque desconocidas para sí. Desatar la libido del objeto implica deshacer esos conjuntos de elementos ligados que actúan como reconocedores y le ahorran al yo gasto psíquico. Las implicancias de dicha desagregación solamente pueden ser reconocidas por la clínica en cada batalla parcial librada por el yo a favor y en el transcurso del trabajo de duelo.

Reconocer la realidad es una actitud, “*más o menos esperanzada hacia la vida*” (Freud, S., 1927 (1985) pág. 5) que depende de cada quien. Las tribulaciones causadas por las pérdidas dependen tanto de la constitución genética del yo como de su estado eventual. Uno de los vectores que más influyen en el duelo es la representabilidad y sus alternativas.

Aunque sus orígenes pueden resultarnos, todavía hoy, difíciles de conjeturar con exactitud, puede convenirse que la capacidad representacional guarda extrema dependencia con el mecanismo de represión. El modelo de la primera tópica es capaz de sostener que la representabilidad del objeto con la que el yo pueda convivir, tiene el costo de ser elidido (eliminado) de la conciencia; esto se cumple por lo menos para aquellos en que la significación incestuosa (el lobo para Sergei; el caballo, para Hans) es más notable. Como cualquier representación funda la base de un objeto interno, es justamente por la existencia de la represión que el yo puede sintetizarlo en su doble carácter de inconveniente por su carácter incestuoso que amenaza la coherencia y estructura del yo, e imprescindible en la construcción de objetos internos.

La vinculación conjeturable entre el mecanismo de la represión y el logro de una representabilidad -por depuración de las aspiraciones sexuales inconvenientes para el yo, es materia aún poco esclarecida. Lo que, en ese caso, Freud denomina *representación sustitutiva* (el lobo como sustituto del padre), llamado a oficiar como contrainvestidura (para hacer desaparecer de la conciencia la significación incestuosa del objeto-padre) le pone un precio a su función; admite ocultar al padre, pero a condición de imponer, regresión libidinal mediante, el modo canibático (la aspiración a ser poseído sexualmente por el padre sustituida por el miedo a ser devorado por el lobo). La histeria de angustia y la neurosis compulsiva trasluciendo el desmedro que el yo inconsciente padece como consecuencia de ejercer la represión.

La breve referencia propone una ulterior consideración posible acerca de la vinculación entre lo contingente de la representabilidad (y la alternativa de

fundar objetos internos) y la represión. De 1926 data el eslabón faltante para explicar la tenacidad represiva de ciertas fijaciones:

"Tras cancelar la resistencia yoica, es preciso superar todavía el poder de la compulsión de repetición, la atracción de los arquetipos inconscientes sobre el proceso pulsional reprimido; o resistencia de lo inconsciente. [...] El factor fijador de la pulsión a la represión es la compulsión de repetición del ello inconsciente". (Freud, S., 1926 (1985), pág 149).

La represión, entonces, se sostiene favorecida por la compulsión de repetición del ello inconsciente que, en ese frente interno, opera a favor del yo. Consecuentemente, la representabilidad como función psíquica, deviene consecuencia, tanto de la presencia real del objeto, como de las vicisitudes que la impregnarán en su relación con el yo.

La representabilidad es pasible de alternativas. Condiciones de frustración extrema o su anverso, la satisfacción masiva sin intermitencias, conspiran contra la independencia de la representabilidad como función autónoma del yo, 'despegada' de la existencia fáctica del objeto. Así, pulsiones que no consuman su mutación en representación extravían su destino en pos de aquel objeto del cual la representación hubiera sido 'memoria'. El objeto real externo denegado y frustrante es sustituido por la compulsión de repetición. *"Por lo tanto no hay duelo, sino al contrario, la interminable resurrección de un objeto imposible del cual es imposible separarse, al que es imposible dar muerte o reemplazar."* (Green, A., 1997, pág. 47).

La tarea de desasimiento libidinal de la representación del objeto pone al descubierto la historia real con el objeto originario y su influjo sobre la función y autonomía de la representabilidad. El texto de Green (citado ut supra) suscribe la versión ominosa de dicha exhumación.

La ausencia de objeto opera en desmedro de la adquisición de la representabilidad. El camino de esta otra explicación convalida lo autárquico y auto conservador del ámbito en el que naufraga el duelo sin remedio: el narcisismo. Es que, en este caso, el componente pulsional reconocido como compulsión de repetición, predomina en forma irrestricta. El sabotaje de este factor compulsional conspira contra la agilidad representacional -movilizadora de la libido fijada- e impronta a los 'falsos objetos externos' con la perentoriedad incoercible de la compulsión: la repulsa a la ligadura y el rechazo a la innovación.

Melancolía

Es importante reiterar que el duelo es un estado normal en la vida y es importante que siga su propio curso; la melancolía, en cambio, es una disposición patológica. El proceso de duelo puede malignizarse⁶.

La ‘novedad’ indeseada con la que tropieza el trabajoso empeño de retirar y buscarle destino a las investiduras sobrevivientes de la pérdida del objeto es el hallazgo de un material mnémico pernicioso. Se trata de huellas insusceptibles de consciencia que guardan claves secretas de tempranas injurias en el sentimiento de sí.

Autorreproches y deseos de castigo serán aquellos indicios sintomáticos que inducen a Freud a atribuir a la ambivalencia afectiva la complicación del duelo. La misma proviene de dos orígenes: uno, constitucional y latente por represión, y otro, adquirida como residuo de vivencias traumáticas y capaces de activar nuevos materiales reprimidos. Cualquiera de ellas conlleva la amenaza que representa la pérdida del objeto.

Si a la pérdida del objeto y la ambivalencia consecuente se le suma la regresión narcisista, se está ante un hallazgo sorprendente: no se verifica pérdida alguna de un ‘objeto’, ya que el mismo no era más que una mera apariencia del yo. ¿Cómo describir en palabras un evento psíquico en el que el objeto es un ‘como sí’?

Freud bascula entre dos alternativas igualmente probables-aunque ambas reductibles- a la cualidad de la investidura; hubo la ligadura de la libido a una persona determinada, hubo una afrenta real o un desengaño, el vínculo de objeto se sacudió, porque *“la investidura de objeto resultó poco resistente o porque no era una investidura de objeto sino una investidura narcisista”* (Freud, S. 1917 e [1915] (1985) pág. 247).

Es importante considerar aún una acción que el yo intensifica que es la que realiza la conciencia moral⁷. La conciencia, en efecto, se escinde entre un aspecto criticado y otro crítico⁸.

⁶ Adquirir carácter patológico

⁷ La letra bastardilla pertenece a la autora.

⁸ Freud lo ejemplifica con el caso de una mujer cumplidora de sus deberes pero que, desde su melancolía, se reprocha todo su hacer con sinceridad. No entra en conflicto con el aspecto escindido criticador. (Freud, S. 1917 [1915]).

⁸ Freud lo ejemplifica con el caso de una mujer]].

Freud en 1917 explica la melancolía con estas palabras: mientras existía, el objeto -ahora 'perdido'-habría contribuido a la impostura consumada por una investidura narcisista. La libido libre se retira sobre el yo y establece una identificación con el 'objeto' resignado. Si el amor por el objeto -ese amor que no pudo claudicar al par que el objeto mismo es resignado- se refugia en la identificación narcisista, el odio de la ambivalencia (siempre preexistente) se ensaña con ese objeto sustitutivo insultándolo.

He aquí al enemigo más poderoso del duelo. A partir de los nuevos puntos de vista ofrecidos por Freud en "El yo y el ello" (1923), el funcionamiento pulsional narcisista se revela como un bastión, si bien del yo, pero en estrecha relación con la disposición: arquetipos inconscientes.

Si el ayuntamiento primigenio se consumó entre lo pulsional y el objeto, y una parte del yo -su carácter-, resulta el heredero de las investiduras oriundas del ello que el yo le sustrajo al objeto. Tal vez esto explique por qué el conflicto entre el yo y el objeto se continúa internamente entre el superyo y el yo alterado por la identificación.

Colofón

Este intento de exégesis del proceso del duelo no ha conseguido disipar - muy por el contrario- la inferencia de que lo que llamamos nuestra vida anímica, tiene por característica una dinámica constante.

Presente a cada momento, todos sus procesos evidencian el imperio de una necesidad, oriunda de los vasallajes del yo. Cada uno de los principios básicos del psicoanálisis -los trabajos del sueño, el complejo de castración, los destinos de la transferencia, etc.- ostentan la sucesión de actos psíquicos organizados con una inteligencia propia amparada por Eros, pero también expugnable por la compulsión desagregadora.

Me parece una consideración tan buena como cualquier otra para poner punto final a esta reseña y, tal vez, inaugurar una discusión.

Referencias bibliográficas

Corominas J. (1973). *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid, España: Editorial Gredos.

- DRAE. (1992). *Diccionario de la Lengua Española*. Madrid, España: Editorial Espasa Calpe.
- Freud, S. (1914) (1985) *Introducción del narcisismo*. En: J. L. Etcheverry (Trad.), Obras Completas, Vol. 14, pp. 65-98. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Amorrortu.
- Freud, S. (1915) (1985) *Lo Inconsciente*. En: J. L. Etcheverry (Trad.), Obras Completas, (Vol. 14, pp. 153 -214. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Amorrortu.
- Freud, S. (1917) (1985). *Duelo y Melancolía*. En: J. L. Etcheverry (Trad.), Obras Completas, (Vol. 14, pp. 235-256. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Amorrortu.
- Freud, S. (1923) (1985). *El Yo y el Ello*. En: J. L. Etcheverry (Trad.), Obras Completas, (Vol. 19, pp. 1-65. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Amorrortu.
- Freud, S. (1926) (1985). *Inhibición, Síntoma y Angustia*. En: J. L. Etcheverry (Trad.), Obras Completas, (Vol. 20, pp. 71-163. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Amorrortu.
- Freud, S. (1927) (1985). *El porvenir de una ilusión*. En: J. L. Etcheverry (Trad.), Obras Completas, (Vol. 21, pp. 1-55. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Amorrortu.
- Freud, S. (1950 [1887-1902]) (1985) *Los orígenes del psicoanálisis*. En: J. L. Etcheverry (Trad.), Obras Completas, (Vol. 1, pp. 211-320. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Amorrortu, pp. 21
- Green, A., (1997). Repetición, transferencia y tiempo: teoría de las pulsiones y de las relaciones de objeto. *Zona Erógena, Revista Abierta de Psicoanálisis y pensamiento abierto*, No. 32, pp. 6-10, 43- 50.
- Laplanche, J. & Pontalis, J.B. (1983). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Valls J. L. (2008). *Diccionario Freudiano*. Ediciones del Autor. Buenos Aires: Argentina.